

Ni el mismo Guarionex pudo librarse de esta conducta bárbara.

Su desventura iba á darle un papel importante en una terrible tragedia.

Asistamos á ella.

## Capítulo XXVII.

### La esposa de Guarionex.

Colón habia ofrecido al cacique de la Vega Real que mientras fuese fiel y pagase con puntualidad el tributo que le habia impuesto, seria respetado y viviria tranquilo en sus dominios.

Para asegurarse de su fidelidad y contrarestar cualquiera tentativa que llevase acabo, eligió el fuerte de la Concepcion, situándose de tal manera que en un momento dado podria destruir á todos los vasallos de Guarionex, ó por lo ménos obligarles á desalojar el campo.

Dió el mando de esta fortaleza á Pedro Barahona, soldado veterano, que habia empleado todo su vida en las campañas de los moros.

Guarionex, deseando tener contento al que era

verdaderamente dueño de su vida y de la de sus vasallos, le colmó de agasajos, le llevó á su morada, y mandó que las mujeres más hermosas de sus dominios bailaran una danza en su presencia.

Ebeilca, su esposa predilecta, asistió á este espectáculo.

Era Ebeilca una mujer de elevada estatura, de torneadas é incitantes formas; sus ojos brillaban como luceros, y parecia la estatua de la sensualidad.

Barahona se recreó en su belleza.

Al despedirse de Guarionex le suplicó que fuese al día siguiente á la fortaleza, porque queria pagarle el obsequio.

Barahona habia concebido un plan, y se proponia llevarle á cabo.

Guarionex, con sus caciques predilectos, fué al fuerte de la Concepcion.

—¿Cómo no te acompaña tu esposa?—preguntó Barahona.

—No es entre nosotros costumbre llevarlas á las fiestas adonde nos convidan.

—Pues ¡vive Dios! que ha de venir,—dijo Barahona,—y yo voy á ir por ella.

Mandó á sus soldados que obsequiaran á Guarionex y á los suyos en tanto que volvía, y dirigiéndose al palacio del cacique, buscó á Ebeilca, y diciéndola que tenia en su poder á Guarionex, y amenazándola con su muerte si no accedia á sus deseos, logró convertirla en su esclava.

Barahona volvió á la fortaleza.

Dijo á Guarionex que su esposa se habia negado á aceptar el convite y le despidió.

Guarionex halló á Ebeilca dominada por una profunda tristeza.

Cuantas preguntas le hizo fueron inútiles.

Nada contestó.

Mientras que los soldados conquistaban el territorio, los misioneros errantes por la isla procuraban extender la fé de Cristo entre aquellas hordas salvajes é idólatras.

Uno de los misioneros habia logrado captarse la amistad de Guarionex, habia empezado á abrir su corazón á la nueva luz, habia inculcado en su alma la semilla del cristianismo, y todo le auguraba prontos y sazonados frutos.

Barahona, valiéndose de su prestigio, tendió varios lazos á Guarionex, aprovechando todas las circunstancias para volver al lado de su esposa.

Al volver una vez Guarionex, entró en su palacio, buscó á Ebeilca y no la halló.

Preguntó por ella, y le dijeron que se habia dirigido á las orillas del Taqui.

Corrió presuroso á buscarla, y al llegar á la orilla se horrorizó.

El cadáver de su esposa iba arrastrado por la corriente del rio.

La infeliz, no pudiendo resistir su deshonra, habia buscado la muerte en el fondo de las aguas.

Guarionex supo la causa de aquella catástrofe.

El tigre se despertó bajo la piel del cordero.

Llamando cautelosamente á todos los suyos, les hizo jurar que le ayudarian á vengarse del infame que le habia arrebatado la felicidad.

El misionero que le inculcaba la fé de Cristo, le habia entregado una imágen de la Virgen para que la adorase.

El primer acto de Guarionex fué hacer mil pedazos la santa Imágen, y se preparó una noche á penetrar en la fortaleza cuando estuvieran dormidos sus defensores y sacrificarlos á todos.

A pesar del secreto con que llevó á cabo su plan, tuvo noticias de él Barahona, y comprendiendo que no podia hacer frente á los enemigos con las fuerzas que tenia, envió dentro de una caña con un soldado una carta al jefe de la fortaleza más próxima para que acudiera en su auxilio.

El mensajero fué detenido por los indios.

Le registraron y le hicieron preguntas para saber con qué objeto se retiraba.

Como no hallaron sobre él ningun indicio de la mision que iba á desempeñar, y por otra parte, como el soldado se fingió enfermo, y dijo que iba á curarse á la Isabela, le dejaron en libertad, aunque seis indios le siguieron á corta distancia para ver si en efecto iba á la residencia de Colon.

No tuvo más remedio que encaminarse á la Isabela.

Allí entregó la carta de Barahona; y los indios, satisfechos, volvieron á referir á Guarionex que nada tenia que temer.

Colon envió á su hermano Bartolomé al frente de un destacamento para que protegiese el fuerte de la Concepcion.

Estas fuerzas sorprendieron á Guarionex y á los suyos en el momento en que iban á penetrar en el fuerte.

La impetuosidad del ataque al caer sobre ellos fué tan grande, que quedaron en tierra multitud de indios, y Guarionex y catorce caciques quedaron presos en la fortaleza.

Mientras que Bartolomé perseguia á los fugitivos por haber faltado á la fé jurada, Barahona, sin formacion de causa, deseando satisfacer un sentimiento de venganza, ahorcó al rey Guarionex y á sus caciques.

Colon desaprobó esta conducta, y cuando supo los motivos que habian impulsado á Guarionex á castigar al comandante de su fortaleza, para dar un ejemplo á sus soldados castigó á su vez á Barahona, degradándole en presencia de los españoles, y convirtiéndole en la humilde condicion de simple soldado.

Estos nuevos actos de hostilidad de los españoles contra los indios, acabaron de exasperar á los que no se habian librado de su tutela, guareciéndose en los dominios de Gayacoa, y comenzaron á oponerle una resistencia pasiva de fatales consecuencias.

Condenados á labrar la tierra para producir las cosechas con que aumentaban sus siempre escasas provisiones, los europeos, no solo, descuidaban sus afenas, sino que destruian las plantas para ver si á

fuerza de privaciones y hambre podían rendir á sus enemigos.

Pero con esto los exasperaban, y no pasaba día sin que sucumbiesen algunos indígenas de una manera desastrosa.

Para librarse de estos castigos abandonaban el territorio conquistado por los españoles; pero antes de marcharse incendiaban los bosques, destruían las plantas, destrozaban las chozas y se apoderaban de las montañas en donde podían, apiñados, oponer alguna resistencia al enemigo, en donde tenían en abundancia raíces y utias para mantenerse.

Desastrosa era para los europeos esta resistencia que les oponían los indios.

Pero no lograban privarles de lo necesario, porque con arreglo á las disposiciones de los reyes, todos los meses llegaba una carabela con provisiones suficientes, aunque no abundantes, para la alimentación de los colonos.

Más daño se hacían á sí propios que causaban á sus adversarios.

Aglomerados en pequeños espacios de tierra, tenían que guarecerse en el fondo de húmedas y pestilentes cavernas, con la intranquilidad de espíritu propia de los que á cada instante temían que se aproximaran sus perseguidores y los esterminaran, y caían los pobres indios á millares bajo el golpe de la cortadora segur de la muerte.

Convencidos de lo inútil de su resistencia, de que no tenían más remedio que soportar aquella dura es-

clavitud, presentáronse algunos á manifestar que estaban dispuestos á pagar el tributo, y aunque por algún tiempo volvió á reinar la calma de Haití, no era aquella tranquilidad la del triunfo, la de la alegría, la del bienestar.

Era una calma que se asemejaba mucho á la muerte.

Los opresores no podían dormir sobre sus laureles.

Bajo ellos se ocultaba el áspid envenenado.

Los oprimidos arrastraban sus cadenas ahogando los gemidos de su alma.

Haití parecía ya un inmenso cementerio.

Pero si odiaban á los españoles, mayor, más profundo, más encarnizado era el rencor que sentían hácia Guacanajari.

Su separación de los demás soberanos había sido la causa, según ellos, de todas sus desdichas.

Un doble castigo debía aguardar á aquel infortunado príncipe.